

Crónica de un día en el bajo Aragón turolense

Continuando en nuestro empeño de conocer mejor nuestra región y especialmente nuestra provincia de Teruel, para adquirir unos mayores conocimientos y estar al día, el domingo día 25 de septiembre de 1988, esta Casa de Teruel en Zaragoza y dentro de los actos enmarcados en la conmemoración del X Aniversario de su creación, realizó una excursión especial, turístico-cultural, visitando cuatro pueblos de los más representativos del Bajo Aragón turolense.

Con una puntualidad extraordinaria, en cuanto al programa del día, a las nueve llegábamos a Calaceite, primera cita del día, procediendo inmediatamente a dar cuenta del almuerzo guardado hasta ese momento con cariño.

La alcaldesa de Calaceite nos esperaba y tuvo la gentileza y amabilidad de acompañarnos por el pueblo, visitando en primer término, cosa lógica, el Ayuntamiento, metido de lleno en reformas y obras de adecuación y restauración. Quisimos conocer de primera mano y no precisamente en calidad de censores, las obras que se realizan por todo el edificio, con su singular estructura interior a distintos niveles. Obras absolutamente necesarias y que han sufrido algunos retrasos según informaciones.

Siempre de la mano de nuestra simpática alcaldesa, recorrimos encantadores rincones de la población, soportales históricos y bellos, para quedarnos parados, mudos y contemplativos ante la soberbia traza de la iglesia parroquial, su inmensa y grandiosa fachada principal. Su interior está curioso, aseado, restaurado, pero creemos que no con acierto y rigidez. Y allí mismo enseguida, la calle Maella, noble de principio a fin, ricos portales, balcones, escudos y piedra trabajada primorosamente, mucha piedra que se encarama hasta las mismas tejas.

Pena da que aquí y en todos los pueblos del recorrido, observáramos los abundantes restos de pintura blanca enranciada. A los ventanucos asoman las costras de las distintas manos de yeso que las dueñas aplicaban a los interiores, dejando tan solo muestra de su pulido y hacendoso trabajo dentro de una costumbre enraizada que quería descubrir la preocupación de la dueña, pero que a nadie ni nada perjudicaba. Otra cosa esta cal aplicada a las fachadas indiscriminadamente, con el peor de los gustos. Ordenes gubernamentales de antaño, seguidas con tanta fidelidad como desconocimiento, por un gobernador del régimen, celoso en extremo,

de servilismo aciago, o al conjuro de mediocres ideas, exorcista de número, inmisericorde, para liberar a su pueblo llano y bueno de hados y brujos pululantes durante tantísimo tiempo, que se estrellarían así contra fachadas protegidas con cal viva y purificadora de cuerpos y almas, cuando no existía ni capacidad ni ganas de mitigar los males y penurias humanas de fachada para dentro.

En tan agradable deambular comentamos asuntos de la problemática del pueblo, inquietudes culturales, donde parece ser que no existe voluntad de aunar esfuerzos y terminar proyectos, privando así al pueblo de medios valiosos. Veríamos igualmente la hermosa casa donde un puñado de estudiosos europeos conviven, es de suponer con vocación de servicio y sin proselitismos o fines atípicos a la cultura y su desarrollo en un pueblo que les ofrece un marco incomparable para solazarse a su gusto.

El arte en la piedra se resiste a quedarse en el pueblo y rebasa sus confines, sale al campo, donde podemos observar aparentes parideras, corrales, abrigos de labriego, con graciosos arcos y portadas de piedras simétricas bien trabajadas, paredes de sostén que revelan un artista en cada ejecutor.

La mole de la iglesia de Cretas

Y ya enseguida comienza a vislumbrarse allá abajo la gigantesca mole pétreo de la iglesia parroquial de Cretas, a donde llegamos para ser también recibidos por su alcalde. No falta, por supuesto, la visita al busto de ese gran torero cretense y nos adentramos suavemente por esas calles llanas, donde enseguida nos damos cuenta que aquí hay menos piedra que en Calaceite y abunda algo más la madera en los aleros. Y una cosa común a todos estos pueblos sus antiguas puertas de entrada, coronadas con sus capillas, que parecen copiadas en su hechura y que presentan un mismo estado de abandono. Y los consabidos desaguados urbanísticos, por falta de sensibilidad y seguimiento riguroso, que han hecho posible la convivencia de arcos centenarios bellísimos con prácticas pero horribles puertas de hojalata.

Uno se queda un buen rato contemplando la enormidad de esta iglesia de Cretas. Su deteriorada portada, huérfana de atributos con los que estuvo adornada. Su interior precioso en su primitiva fábrica, pero necesitada de una restauración a fondo. Hay que armarse de valor de una vez y afrontar la realidad existente; porque lo que no puede ser es que, transcurridos tantísimos años de que ocurrieran los hechos que motivaron tanta rapiña y destrucción, tanto daño al patrimonio

artístico; y que pese a tan dilatado período de tiempo y tanta palabra vana, las cosas sigan igual. Hay en todo esto una falta de visión y sensibilidad política, ganas reales de acercarse al pueblo, no solamente con gestos, sino con hechos que dignifiquen a las personas.

Aquí en Cretas tendremos nuestro sano aperitivo, en las bodegas de los Hermanos Camps y entran pero que muy bien esas ricas olivas, almendras y el buen vino de la tierra.

Nada más salir de Cretas divisamos Beceite, con el claroscuro de fondo, que producen sus fantasmagóricos peñascos, sus puertos, la inmensa cordillera donde asienta sus reales la cabra hispánica, divisoria entre dos regiones que por aquí se abrazan; que no es correcto hablar de fronteras o límites, al menos así nos parece a nosotros, cuando hay de por medio unos pueblos, el pueblo en sí, modesto pero sabio, que tanto entiende de estas cosas.

Me da la impresión que Beceite se distancia un poco de los dos pueblos antes visitados, aunque dentro del mismo denominador común a la zona; contemplamos también las puertas de acceso, sus pasadizos, casonas y arcos viejísimos; calles empinadas, escalinatas.

Yo diría que se nota cierta anarquía en la construcción y restauración, lo que hace que junto a cosas muy interesantes haya otras de muy mal gusto, aunque a decir verdad habría mucho que hablar. Los propietarios de las viviendas son en gran mayoría modestos, tienen que adecuar sus viviendas a los tiempos modernos, porque no pueden vivir de la contemplación de esos arcos que tienen sus viviendas, esos ventanucos insuficientes que a nosotros nos parecen tan bellos.

No hemos recorrido con detenimiento Beceite, porque se hace la hora de comer. Hemos de subir al Parrizal y hasta allí nos transportan en coches todo terreno, pero dicen que merece la pena. Los que suban primero verán más, los otros nos conformaremos con menos, pero todos quedaremos contentos.

Comemos en el Mas de Lluvia, a la sombra de la enorme peña y junto a las aguas cristalinas y puras del río. Una comida típica de chuletas y algo más.

Llegada a Valderrobres

Vamos matando la jornada y salimos veloces para Valderrobres, donde el alcalde ha mandado abrir las puertas del castillo para que lo visitemos, que visitamos detenidamente, observando que las obras de restauración ya están muy adelantadas, al igual que en la iglesia, enorme y magnífica, en la que se nota alguna

actuación restauradora no muy acertada.

Impresión me causó la enorme sala del castillo, con esos hogares que parecen dispuestos a asar un buey entero. La sala que a nosotros nos parece capitular o que estamos seguros de que a más de uno se le llamaría allí a capítulos y nos imaginamos a los grandes hombres, civiles, militares y eclesiásticos que por allí andarían juntos, unas veces a la greña, otras compartiendo francachelas, ejerciendo el predominio de sus potestades, premiando a alguno, ordenando ferozmente que a alguno le cortaran la cabeza. Que aquellos tiempos eran así.

Casco viejo de este pueblo, bien cuidado y de calles muy bien arregladas, que descendemos con el agradecimiento de nuestros cansados cuerpos.

Hay un gran silencio por estas calles. Da la impresión de que nos encontramos en uno de esos tantos pueblos semiabandonados y no es así. La gente busca la parte baja del pueblo y a uno y a otro lado del río se contempla gran animación, como si hartos ya de tanta belleza que a diario contemplan en esas calles, pretendieran con estos silencios no turbar el placer que experimenta el visitante de fuera.

Regresamos a Zaragoza ya tarde, cansados, pero satisfechos y gozosos por el viaje que hemos realizado a estos queridos pueblos de nuestra tierra.

Queridos paisanos, tenéis unos pueblos preciosos, cuidarlos.